

NEVANDO EN LA GUINEA

Tres erres: resistencia, respeto, rebeldes

AÑO 2. DICIEMBRE DE 2019

N.º 7.



www.cuadernodebidaxune.blogspot.com.es



www.lioolimixturas.com
www.capplannetta.com



N.º 7. Año 2
DICIEMBRE DE 2019

CONSEJO EDITORIAL

Cecilio Olivero Muñoz

Juan A. Herdi

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

maquetadores.org

ILUSTRACIONES


Cecilio Olivero Muñoz

DEPÓSITO LEGAL N.º pp 2 0 1 9 0 2 DC58 789

Realizado en: Madrid-Bilbao-Barcelona.



EDITORIAL VII



Se acaba un año más y ya es una tradición que durante el último trimestre se otorgue un sinfín de premios literarios. 2019 no iba ser una excepción, la lista es grande: Olga Tokarczuk y Peter Handke (esta vez el Premio Nobel de Literatura ha sido doble para suplir el vacío del año pasado), Cristina Morales, Pilar Pallarés, Raimon Portell, Alberto Conejero (Premios Nacionales de Literatura en narrativa, poesía, infantil y juvenil, dramaturgia), Bernardo Atxaga (Premio Nacional de las Letras), Joan Margarit (Premio Cervantes), Irati Elorrieta Aguirre, Ramón Eder Labayen, Patxi Zubizarreta Dorronsoro (premios Euskadi de narrativa e infantil y juvenil), Javier Cércas y Manuel Vilas (Premio Planeta y finalista) o Mariana Enríquez (Premio Herralde de novela), entre muchos otros, en España o en muchos otros países.

Un premio literario es un reconocimiento a un escritor que siempre anima y fomenta la lectura. Sin embargo, la literatura no se reduce a eso, a los premios, ni debe quedarse en tales actos sociales. Son en efecto un apoyo para seguir escribiendo y, sobre todo, una forma singular de dar a conocer autores, ya sean (re)conocidos o no, a los lectores, por tanto para seguir leyendo, también para recordar que la literatura sigue existiendo, en un momento en que se publica mucho pero se lee poco y en que la literatura está cada vez más anclada en el mero ocio, un pasatiempo

entre otros muchos, ensombrecida además por la oferta amplia en el sector del entretenimiento.

Es verdad que el mundo cambia y por tanto varían los hábitos culturales. Quizá tengamos que aceptar que esto es así, pero llama la atención que cuando la literatura ocupa menos espacio en la vida de millones de personas y también en los planes de estudio, la literatura parece erradicada del sistema educativo en algunos países, en España por ejemplo, apenas un apéndice de la lengua, a su vez más y más descuidada, surjan nuevos escritores y se publique más. Las nuevas tecnologías han facilitado que se den a conocer autores que giraban con mayor o menor distancia en torno a los centros habituales de difusión literaria.

Esto no es malo, al contrario. Las nuevas editoriales e iniciativas literarias están permitiendo una difusión mayor de escritores que, de otro modo, quedarían limitados a la intimidad o como mucho a pequeños cenáculos. Tenemos más posibilidades de conocer nuevos escritores y los premios pueden ayudar a darlos a conocer. Pero no debemos olvidar que la escritura, la lectura, la literatura en general son actividades que requieren de sosiego, tranquilidad y rutina, escapan por lo tanto a una dinámica de premios, ferias y actos. Algo que parece a veces imposible en esta sociedad del espectáculo.

ESFUERZO Y SACRIFICIO

Yo no he sido nunca un tirano
aunque mi padre por mí no sienta orgullo,
siente orgullo de mi hermana y hermano
y ese es un mérito que no me atribuyo,
son trabajadores y yo soy un vago,
escribo poemas, a ratos hago barullo,
endeudado ayuno, las comisiones pago,
oveja negra soy, a cada cual lo suyo,
canto y me sacudo, hago y deshago,
me empalago yo solo, de avatares huyo,
con este comienzo bebo este trago,
con este adelanto prescribo el chamullo:
Madres tienen algunos de mis amigotes
por ser de letras ellos ellas sacan pecho,
presumen de hijos listos y de sus dotes
ya que todo poeta estudia derecho,
escupen nepotes poemas en papelotes,
ignoran tanto de leyes como de lecho.

Tengo yo una guapa amiga
con una madre que presume orgullosa
de que su hija canta canciones de Dylan
con una habilidad casi pasmosa,
madre feliz, digan lo que digan,
no sabe inglés pero ella vanidosa
se lo cuenta a sus recatadas amigas
y las amigas hablan de cualquier otra cosa,
pues ignoran quien es ese Bob Dylan,
con desprecio dictaminan envidiosas:
-En ese plan no llegará muy lejos,

CECILIO OLIVERO

tampoco se hará la chica famosa.
-Ignoran que cambian los tiempos,
no saben que la vida es tan hermosa
que la respuesta flota en los vientos,
la hija se aleja joven, altiva y desdeñosa,
se ahoga y se camufla sin complejos,
no le gusta la carne cruda ni la sopa sosa,
de Dylan admira sus letras y consejos.

Orgullo de padres a la intemperie
que buscan el sueño dorado en sus hijos,
en los backstage que no ve la plebe
los hijos se peinan muy presumidos,
estudian la carrera que les conviene,
huyen de teoremas y de algoritmos,
se lucen entre gomina y un peine,
con breve repertorio y una plaga de ripios.

Padres de tres hijas y dos hijos,
las hijas y un hijo varón los textos retienen
y el otro, porca miseria, quiere ser músico,
acuden a verle cuando ni el Tato viene,
les mastica la lentitud de los domingos,
les sacude un tic tac en las sienes,
en este carrusel de chovinistas apellidos
y noches frías que a nadie le duelen,
orgullo por los chicos bien paridos
y desayuno para el hambre voraz que tienen,
existen poetas con fiebre que dan aullidos,
entre noches frías de un vil diciembre,
anhelan triunfo entre fracasos asumidos
y van allí donde bien les atienden,
carnaza de canción con un directo aburrido,
actúan en Telecinco y caspa les ofrecen

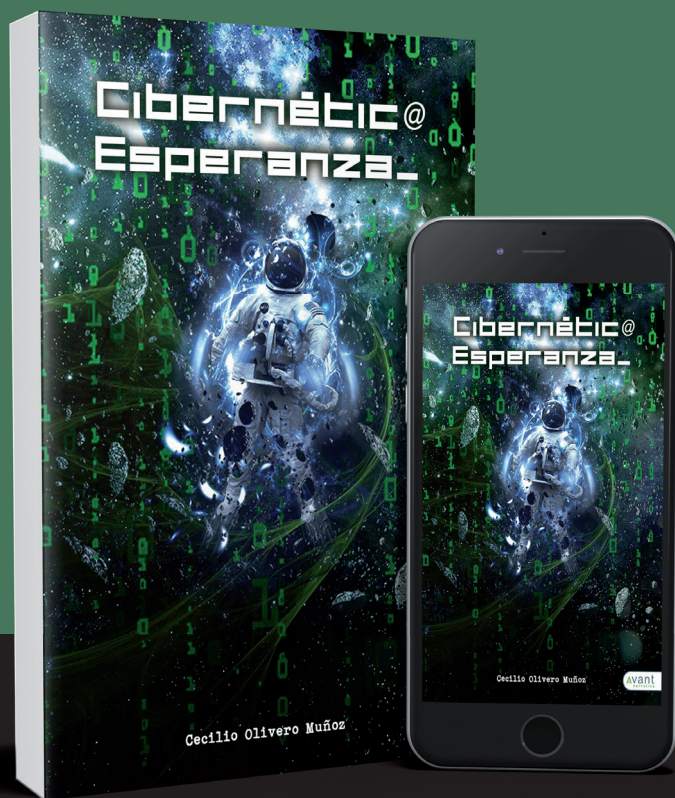
MUÑOZ

los del populacho cínico a la par del ruido,
y una balada que amores pervierten
allí en la fonoteca de su patio de vecinos,
para que luego digan lo que bien aprenden;
-¡Canto esta versión y ya me despido!
Dice el cantante de canciones de siempre,
¡Hay que ver qué hijo, artista me ha salido!
Su padre babea, al fin hace algo decente,
siempre el hombre había creído
que tenía pocas luces, ni dos dedos de frente.
Padres son refugio, hijos parten del nido,
a mí me gusta escribir, leer y estar ausente,
los padres dan a ciegas abrigo y cobijo
pero ignoran la soledad que se siente
cuando la vocación te colma de entresijos,
se los tienen que hacer ver otra gente,
si tus hijos tienen casa, comida, y sueldo fijo
y en tu aniversario te hacen un presente,
admítelo y agradece, eres algo más que amigo.
A veces necesito calor y cariño urgente,
pues no viene lo que pido, menos si lo exijo,
las mates repudiaba, jugar pedía mi mente,
mi padre erre que erre siempre conmigo:
las letras son lo mío, la poesía mi fuerte.
Calcularé digitalmente, ese destino yo elijo,
ese rimadero y ese postureo a mí me divierte,
hoy os visito, a vuestro hogar me dirijo,
gran amasijo de te quiero son mi suerte.
Mi hogar es sacrificio, paz, luz, y pan digno,
a nosotros nos bastó con poner el apetito.
No importa la postura, mas sí donde ponerte.



CONTENIDO

RESEÑAS / Cibernética Esperanza. Cecilio Olivero Muñoz	9
RELATO / Paisaje con figura. Ana Díez Varela.....	10
RELATO / Vida moderna. Juan A. Herdi.....	13
POESÍA / Aunque des tu pataleta. Cecilio Olivero	17
RELATO / Ironías del destino. Fátima Díez.....	18
POESÍA / Medidas de seguridad / Templo maldito. Amaia Villa.....	20



Por JAH

CIBERNÉTICA ESPERANZA

Cecilio Olivero Muñoz
Avant Editorial, 2019

Es evidente que estamos en un momento de mestizaje, si es que hubo alguna época que no lo fuera. Y a todas luces este relato lo es, mestizo, pero a conciencia, asumiendo su autor que no elige una forma, un género, un estilo, lo mezcla todo a voluntad, le resulta incluso inevitable. Así, no es posible decir que este libro que presentamos sea propiamente una novela, una colección de cuentos hilvanados por el personaje principal, narrador y protagonista al mismo tiempo, unas memorias o un tratado de la realidad o de la vida. Tampoco es que haga mucha falta catalogarlo.

Porque hay una frase que brilla por sí misma y justifica todo el relato: «*Todo ocurre por una razón que no entendemos*». Esta es, sin duda, la base de toda literatura, buscar las razones a la vida entera o a cada una de sus porciones, razones que no entendemos, que se nos escapan, y entonces necesitamos escribir para entender. Mientras haya posibilidad de escribir hay esperanza, poco importa el momento de escritura y menos aún el modo. Pero con la escritura se intenta poner orden en el caos y, con ello, entre líneas, intenta uno encontrar el sentido de las cosas.

Claro que estamos también en una época de nuevos recursos tecnológicos (el título no es inocente) y eso cambia algo las cosas, aunque

no lo esencial. Sea lo que fuere, el autor se expone más a la vista de todos, juega con el lector retándole a que discierna lo que es realidad y es ficción, si es que la ficción no forma parte de lo real o esa misma realidad no sea en el fondo una ficción más, a menudo no estamos tan seguros de la línea que separa ambas. Sospechamos que en este contexto hipertecnológico todo se confunde, y esto sin duda ayuda a desinhibirse.

El narrador del libro se desnuda, cuenta sus continuadas caídas y levantadas para explicarse a sí mismo y entregarse al juicio general, como un Caín moderno que sabe que ha traicionado a todos y a sí mismo, pero pese a lo cual ha de seguir adelante. Sin duda, todos, de ponernos a tal ejercicio de confesarnos, llegaríamos a sentirnos igual, aun cuando las anécdotas sean diferentes. Tampoco caben comparaciones, al fin y al cabo. Y mucho menos juicios de valor.

Cibernética esperanza es sobre todo eso, una invitación a pensar en lo que es la vida. El narrador, al describirnos cada trozo de vida que le pertenece, en la medida en que la propia vida pertenezca a alguien, ni siquiera a su portador, nos reta a que juzguemos en base a la propia experiencia y a que nos demos cuenta de que no se puede juzgar nada ni a nadie. La escritura es lo que tiene: nos iguala a todos.





Por Ana Díez Varela

Paisaje con figura

PAISAJE CON FIGURA

Cuando apareció el paisaje en sus ojos se asustó, claro que se asustó, imagínese usted que se mira al espejo y en la profundidad de sus ojos ve algo que ayer no estaba allí. En un primer momento la imagen era imprecisa, no podía asegurar si se trataba de un paisaje o de un sillón de orejas. Sus ojos, de coloración variable, verdes con motas ambarinas, habían sido hasta ese día completamente vulgares ¿Qué estaba sucediendo? Su reacción inmediata en aquella mañana radiante fue la de ponerse unas gafas oscuras. Cómo explicar lo que no tenía explicación.

Ya en la calle, la curiosidad le llevó a mirarse en los retrovisores, en los escaparates, en los ascensores, en todos los espejos que fue encontrando a su paso. Miradas fugaces, temerosas; hasta que al fin venció el miedo y se atrevió a contemplar sus ojos con deteni-

miento: Definitivamente allí había una pradera en la que un tímido arbusto despuntaba entre los dientes de león.

En pocas semanas pudo ver que se trataba de una morera blanca. Qué derroche de salud desde el tronco hasta la última yema. Se sintió en la obligación de vigilar sus progresos, a fin de cuentas se trataba de su propio cultivo, mucho más propio que el geranio rosa del alfeizar que no agradecía sus desvelos y se había hecho adicto a la mosca blanca.

En el periodo de floración era tal la exuberancia de sus pupilas que ni escudriñando con los ojos arrugados podía discernir las ramas. Comenzó a preocuparle la capacidad de su lagrimal para la temporada de sequía y recordó que no debía acercarse a las cebollas ni ver películas de llorar para no perder una sola lágrima. Antes de dor-

mirse despedía cada noche al paisaje de sus ojos delante del espejo.

Qué extraño que nadie lo notara.

Una mañana, el rocío, como una sábana gastada clareando la hierba, cubrió por completo la vegetación que ahora era delicada. Luego llegó la nieve y el paisaje se tornó estepa. Su mirada se volvió más luminosa y a ratos notaba un cosquilleo que indudablemente significaba que estaba nevando de nuevo.

Entonces ocurrió algo sorprendente y, por más que lo intentó, no logró descubrir al artífice.

Alguien había construido un precioso muñeco de nieve, grande, más que grande, enorme. El nervio óptico, un poquitín celoso, pegaba coletazos que desmoronaban en pequeños aludes los laterales del hombre blanco pero cuando volvía a mirar lo encontraba reconstruido. Mientras duró la

nieve, en la parte inferior derecha de su iris izquierdo el muñeco se mantuvo erguido con su nariz de palo.

Por lo demás su vida seguía siendo anodina y apacible. El paisaje de sus ojos cambiaba, desaparecía la pradera y encontraba un día una selva o un desierto con noches estrelladas o un hayedo otoñal. Él era el primero y el único sorprendido. Por supuesto que ya no llevaba gafas oscuras: nadie había dado muestras, ni durante la más violenta hojarasca, de encontrar algo reseñable en su mirada. Se le había ocurrido que quizá todo el mundo tuviera en sus ojos un paisaje y por alguna razón, tal vez un código internacional sobre el que no estaba al corriente, esto era algo que se guardaba como un secreto. Lo mismo que él hacía, a fin de cuentas.

Ahora, en pleno verano, podía ver una solitaria playa de aguas transparentes. Las palmeras se mecían juguetonas cuando él las miraba. Al principio era relajante. Sin embargo, algo que turbaba sus pensamientos y dejaba en su piel la sensación de estar transitada por hormigas: había descubierto unas huellas en la planchada superficie de arena, las mismas que en invierno había encontrado alrededor del muñeco de nieve. Se mantuvo alerta; un pequeño espejo siempre escondido en la palma de su mano, noches de poco dormir y mucho observar la solitaria luna sobre la playa de sus ojos hasta que por fin la descubrió. Era una muchacha morena, posiblemente la había visto antes en un cuadro de Gauguin. Estaba allí, bañándose en su mar ahora él intentaba pestañear suavemente para no asustarla con oleajes imprevistos y más tarde adormilada sobre la tela de su vestido, dejando que las lenguas de agua blanquearan de sal sus pies, después paseando o bajo la sombra de las palmeras. Al atardecer, la muchacha se tornaba violeta, naranja, fuego como el cielo mismo y, cuando el sol redondo y candente se ahogaba entre chisporroteos, ella se frotaba los brazos con un leve estremecimiento y se alejaba caminando hacia el fondo de sus ojos para regresar al día siguiente.

A pesar de todos los indicios, él no era des-



de luego un voyeur. Estaba seguro de que ella no notaba su presencia y las voces de su memoria más ética le acusaban de merodeador y otros apelativos poco saludables. En su descargo alegaba que a fin de cuentas los ojos eran suyos. Qué hay de canalla en mirar los propios ojos.

Decidió mantener a raya a todas sus voces, las éticas y las justificadoras. No podía evitar despertarse varias veces cada noche, girarse hacia el espejo de su mesilla, dar la luz y observar la playa hasta que el sueño le derrumbaba. ¿Y si la muchacha regresaba mientras él dormía? Fue una vigilancia inútil; el único paisaje de sus ojos era un mar oscuro con la luna flotando como atada por un hilo y la arena barrida y ordenada.

Cada día llegaba más tarde y se marchaba más pronto. Demasiado pronto. Cada día menos horas. Una espera larga e impaciente hasta que sus pies morenos avanzaban des-

de la profundidad hasta la arena y una sensación de tristeza y desconsuelo cuando volvía sobre sus pasos para perderse de nuevo en lo más oscuro de la pupila.

«Quédate, por favor no te vayas de mis ojos. Quédate». Susurraba con voz queda ante el espejo. Y obtenía silencio como respuesta porque ella no parecía escuchar aquel temblor hecho sonido, su voz dolida por el miedo a verla desaparecer ante el nuevo paisaje que ya asomaba entre las palmeras. Día a día la playa se iba difuminando teñida de verde y en un matorral situado en el iris derecho comenzaban a distinguirse unos frutos azules. ¿Endrinas? Sí. Apenas se veía ya a la muchacha medio escondida tras unas ramas secas. Qué poco quedaba de la playa. Pero a él no le importaba el paisaje que se iba. Sólo quería encontrar la puerta por la que un hombre puede entrar en sus propios ojos.





Por Juan A. Herdi

Vida moderna

Vivía justo al lado de mí, en aquel barrio de casas bajas en el que vivieron los trabajadores de una fábrica enorme, cuyo edificio era ahora una mera fachada semiderruida al fondo de nuestra calle, mera evocación de los tiempos de gloria industrial. De esto hacía ya muchos años, ya nadie se acordaba. La Colonia, que así se llamaba el barrio, se había construido en lo que entonces era la periferia de una ciudad no muy extensa que creció en los sesenta y, debido a esa expansión, quedó rodeada por edificios y barrios nuevos. Pero, aun cuando se mantenía no poca separación con el resto de la ciudad, tanto física como emocional, no podíamos decir en absoluto que fuéramos como un pueblo apacible, paradisiaco. Más bien todo lo contrario, la degradación

hizo mella y muchas casas, además, estaban vacías y abandonadas, insalubres, ocupadas a veces por gentes de paso. Por mí, por ejemplo.

Paco Güeñes se adecuaba a la perfección al paisaje. Antiguo marino –como tantos otros santanderinos, repetía un tanto ampuloso–, había dado la vuelta al mundo –varias veces, me decía no sin orgullo– y había trabajado también como detective –no oficial, de extranjis, aclaró–, sin mucho éxito, sólo para salir al paso, siempre en asuntos de baja estofa y trapicheos varios, hasta convertirse en lo que era cuando lo conocí, un anciano muy envejecido, parecía mayor de lo que ya lo era, con la ropa mugrienta y deteriorada, limitado el movimiento por su vista menguada y por el do-





lor de los músculos y de los huesos, porque a partir de cierta edad hasta el alma duele, afirmaba con entonada resignación.

Nunca venía nadie a verlo, aunque tenía un hijo –hace años que ni siquiera sé dónde vive, reconocía con dolor, creo que en esta misma ciudad– y hubo muchas mujeres en su vida –aunque de esto ya hacía mucho tiempo también–, pero ahora sólo podía hablar conmigo, cuando me encontraba leyendo junto a la fachada de mi casa, sentado a la bartola sobre un sofá viejo allí abandonado, cuando el clima lo permitía. Si no hablaba con nadie durante días, bien porque no salía por sus dolores o por el tedio y la zozobra, bien porque la lluvia o la obscuridad me instaba a leer dentro de casa y no era factible encontrarse en aquel camino de cabras que era nuestra calle, y sólo cuando la soledad se le hacía insoportable, llamaba a mi puerta bajo cualquier excusa, un mero reclamo para intercambiar algunas palabras con alguien, quien fuera, un simple contacto humano, cualquiera servíamos para romper su soledad, pero era yo a quien tenía más a mano con la paciencia suficiente para atenderle, aparte de haberse acostumbrado a mi presencia e incluso sentía, creo, algún aprecio por mí.

A veces, es verdad, sus visitas me agobiaban, aunque nunca se lo di a entender. Comprendía su situación, esa soledad forzada en que vivía, la imposibilidad de salir de aquellas calles y adentrarse en otras zonas. Ya sólo iba a lo sumo a la tienda de Nadia, en un extremo de la colonia, y era con frecuencia todo un desafío para él, incapaz muchas veces de dar un paso más, la decadencia del cuerpo resultaba evidente: andaba mal, cojeaba y sobre todo se cansaba nada más dar unos pocos pasos. Pero a todas luces era la soledad lo que más le dolía. Yo podía pasar días sin necesidad de ver a nadie, días en los que dialogaba sólo con mis libros o me pasaba horas contemplando el paisaje, pensando, pero era una opción, una soledad que yo mismo elegía y que en ocasiones rompía al salir y pasar muchas horas de café en café, de bar en bar, quedaba con alguien o andaba por zonas tan frecuentadas que no era difícil contactar con otras personas. Pero él estaba condenado a vivir entre aquellas casas bajas y abandonadas, entre vecinos que iban cada cual a lo suyo.

Poco a poco fue contándome su vida. Comenzó con lo más reciente, los últimos años en la colonia –cómo ha cambiado todo esto,

murmuraba a menudo–, llevaba viviendo aquí seis años, aunque antes ya había venido –visitaba a un conocido, que murió poco antes de que tú llegaras, me contó–, los últimos trapicheos antes de jubilarse –con una pensión que apenas da para mucho, me dijo–, sus últimos amoríos con la murciana, una prostituta también jubilada de lo suyo –aunque aún con mucho salero en el cuerpo, me confesó con los ojos iluminados–, y sin decirlo no pocas veces de forma clara, me hablaba de su situación actual. También se refería a veces de su etapa de detective –o cuasi detective, que no lo fue en verdad, más bien ejercía de solucionador, siempre bordeando la legalidad–, para lo cual le ayudó no poco su etapa anterior de marino, que evocaba a menuda, con más nostalgia si cabe, y gracias a la cual conocía a la perfección el puerto, sobre todo desde que comenzara a trabajar para una naviera local, y por tanto sabía de los muchos enredos que se efectuaban en él, que no eran pocos.

Cómo es que te hiciste marino –le pregunté al referirse un día a su época en el mar.

¡Por cántabro! –repitió tras una sonrisa burlona y de nuevo me hizo reír, a pesar de la repetición. Me aclaró luego que fue por la guerra por la que acabó siendo marino. Ese día quise hurgar en el tema, pero dio por terminada nuestra conversación, creo que se cansaba si hablaba largo y tendido, y me dejó con muchas preguntas en la punta de la lengua. Había hecho unos cálculos, debía de ser muy joven cuando estalló la guerra y la verdad es que me interesó su participación. Tres días siguientes salió de su casa, dio unos pasos inseguros hacia la mía y me vio sentado en el sofá, con un libro entre las manos. No lo dudé y le pregunté a bocajarro.

- Paco, ¿tú, en la guerra, en qué bando estuviste?

- En el nacional –hubo en su voz un cierto titubeo. No pocas veces había escuchado mis diatribas libertarias.

- ¿En el nacional?

- Yo era falangista.

- ¡Falangista!

- Pero de los de Manuel Hedilla.

Calló un momento, como si tuviera que buscar en su cabeza los recuerdos de esa época. O como si también buscara las palabras idóneas para distanciarse de todo aquello. Ya antes de que estallara aquel jaleo, comenzó a contarme, había entrado en la Falange. Le atraía el ideal utópico que defendían, pero sobre todo le fascinó el verbo encendido de José Antonio y el de otros camaradas. Admiraba muchísimo a Sánchez Mazas o Dionisio Ridruejo –tan leídos como lo eres tú, me dijo, te caerían bien–, y cuando estalló la guerra –que a nosotros nos vino también de sopetón, no creas– se alistó en la marina, que es donde más gente necesitaban.

El que estuviera lejos de los focos de poder, sobre todo de Burgos, le salvó de los primeros tejemanejes en la Nueva España –entonces no éramos conscientes de cómo nos utilizaron los militares– y sólo se enteró una vez sucedido de la trifulca que se montó con la unificación –nos unieron a la fuerza con los meapilas de los carlistas, ¡no teníamos nada que ver!– y la bronca que se armó cuando Manuel Hedilla y otros muchos camaradas pusieron el grito en el cielo. Se zanjó el asunto con la detención de un montón de falangistas, Hedilla entre ellos.

Se salvó por los pelos, estaba embarcado y no se enteró de nada hasta unos días después. Uno de los pocos hedillistas que también pudo salvarse de la quema le aconsejó que no llamara la atención en ese momento, sólo le traería problemas y además era joven y no se había destacado en los debates ideológicos, así que era mejor no meterse en jaranas –que los militares se las gastan muy mal, le advirtió aquel conocido–, ya vendrían tiempos mejores, así que siguió el consejo. Al acabar la guerra, logró entrar en la marina civil, había mantenido formalmente su militancia falangista y sólo años después, decepcionado por lo que veía, pudo abandonar las filas sin preocuparse de las consecuencias, era más que evidente que a los nuevos gobernantes



tes les interesaba poco las cuestiones ideológicas, ellos ya habían cumplido y ahora se encargaban de mantener el orden –que no era ni de lejos el orden que nosotros ansiábamos–, por lo que tampoco cabía esperar ya aquellos tiempos mejores tan ansiados.

Me contó muchas cosas de aquella época que me fascinaron. Mantuvimos la rutina de los encuentros cada dos o tres días. A veces pasaban varios días sin que nos viéramos, cuando le aquejaba alguna gripe o se cansaba más de lo habitual. Ya apenas podía ir a comprar y alguna que otra vez le ayudaba con las bolsas o se las iba a buscar yo y se las dejaba en la puerta de su casa. Nunca entré en ella.

En primavera hubo una semana que dejé de verlo. No le di importancia, eran días en los que todos nos sentíamos turbados por los cambios de estación y sin duda se sentía más cansado. Ya pasaré a verlo, pensé, a ver si necesita algo, pero pronto me olvidé de él. El jueves, al volver a casa, un vecino me dijo que había venido la policía.

- ¿Qué ha pasado?

Al principio de la tarde el marroquí que vivía delante de nosotros había empezado a sentir un hedor repulsivo. Llamó a urgencias, vino la policía y entraron en casa de Paco. Se lo encontraron muerto.

- Ha debido de morir el lunes, puede incluso que el domingo.

Nos quedamos callados. El vecino añadió que habían venido también del juzgado, avisados por la policía.

- Para el levantamiento del cadáver y eso. Han pasado por las casas para hacer preguntas, pero tú no estabas.

- ¿Sabes de qué juzgado eran?

- Creo que del tres, no estoy seguro.

Decidí pasarme por el juzgado y fui a la mañana siguiente, casi al mediodía. Me confirmaron que del juzgado de instrucción tres habían acudido a levantar el cadáver. El despacho era amplio y frío. Tres funcionarias tecleaban en los correspondientes ordenadores y sólo unos minutos después una de ellas se acercó al mostrador donde



yo esperaba. Le dije el motivo de mi visita.

- ¿Es usted familiar?

- No, sólo vecino. Justo el de la casa de al lado. Durante las últimas semanas hablábamos mucho. He venido sólo por interesarme y por si necesitan algo de mí.

- Fue una muerte natural. No le puedo decir mucho más si no es familiar.

- Tenía un hijo, creo.

La funcionaria hizo entonces un gesto como de desagrado. Dudó un instante, como si no tuviera claro si contármelo o mantenerlo en el ámbito de la discreción. Al final, debió de vencer mi apariencia de buena persona.

- Sí, le hemos llamado esta mañana.

Calló de nuevo un instante. Intuí lo que iba a contarme.

- Me ha agradecido que le avisara. Pero no ha mostrado mayor interés. Simplemente ha dicho que no podía ocuparse de nada y que nos encargásemos nosotros de todo.

- Son cosas de la vida moderna –lamentó entonces otra de las funcionarias, la que se hallaba más cerca del mostrador.

Cosas de la vida moderna, repetí apenas en un murmullo mientras abandonaba el juzgado. No pude esquivar la no poca culpabilidad que, inevitable, me fue brotando dentro de mí.

AUNQUE DES TU PATALETA

A leguas se te conoce, a leguas,
cuando pellizcas arañazos con sal
se te pone cien veces a prueba,
pusiste tu corazón de par en par
entre nueve guerras sin tregua,
traficaste con el espanto del crack
siempre que la luna mengua,
vivías muy lejos del azar,
y tan cerca de la tormenta...
que todas las noches te vas
cuando tu corazón de veras truena
entre las muertes del metal
que tú la haces sonido e inercia
en la fiebre totalmente ocular
que tantas veces sufre de inapetencia,
te resulta natural masticar
lo que ha de venir cuando llega,
y a todos nos ha de llegar
esa muerte que termina lo que empieza,
cuando no hay duelo en el hogar
hogaño tienes la puerta abierta,
aunque si llega lo que ha de llegar
se aleja lo que estuvo antaño tan cerca,
la gente pide confort y tranquilidad,
la vida es como una ruleta,
es a veces un gran carnaval
y otras tantas es ponerse una careta,
otras tantas un triste funeral
y otras veces leer en bicicleta,
el amor y la muerte son verdad
tan verdad como gatillo que aprieta
la bala que a ti te tocará,
si es la muerte tu chaqueta prieta
has de apretar un nudo que se notará,
pero si es el amor tu voltereta
casi todo el mundo te dará su pan
migado en leche y disfrazado de teta
y toda la humanidad vendrá a mamar,
pero si es bamba aquella pequeña treta
en el rellano de la vida dormirás
aunque des tu pataleta.



Foto: Pinterest



Ironías del destino

Caminaba por la gran vía de la ciudad cabizbajo, ausente del bullicio a su alrededor. Sus pasos se detuvieron por fin en el puente del Arenal.

— ¡Ay! gritó. Y se miró la mano sorprendido, vaya ocasión para que me pique un bicho.

—Sin insultar —destacó una voz acerada cerca de su oído.

El hombre creyó reconocer en aquel extraño sonido otro síntoma de su locura, mas no pudiendo resistir la tentación de averiguar su procedencia, se bajó del travesaño del puente donde se había subido guiado por el desamor, miró a un lado y a otro y se volvió a subir.

—Estoy aquí.

De nuevo sonó esa especie de zumbido.

— ¿Quién demonios eres? —preguntó al aire con voz temblorosa —. Sin duda estoy soñando.

—Sin duda ya estarías muerto si no te hubiese picado —replicó el insecto intentando abrir más los estigmas de su tórax.

Y se posó sobre aquella mano indecisa apoyada en el barandal.

El hombre pensó que se trataba de una broma de la ría del Nervión.

—Ayer tuve un altercado con un cangrejo...—dijo el mosquito. Estaba soltando los huevos cuando....

—Vale, vale, me das dolor de cabeza. —dijo el hombre agitando la mano con cansancio.

—Qué más te da, si no llego a picarte ahora serías un ahogado.

—Pero ¿a ti qué te importa bicho?

—Eh! Ojo cómo me hablas. Soy una hembra muy sensible— inquirió la mosquita —. Los humanos os creéis los dueños del mundo, los poseedores del conocimiento y de toda esa basura que consideráis ciencia. No he visto una especie más estúpida, lo tenéis todo al alcance de la mano y lo dejáis escapar, o lo que es peor, lo estudiáis y lo transformáis para acabar destruyéndolo. Menudo atajo de...

—Lo que me faltaba —suspiró el hombre— un sofista volador.

El insecto sacudió las alas y salió volando hasta posarse en un arbusto del parque. Con su trompa picó una hoja y absorbió sus jugos. Su abdomen parecía satisfecho con tan escasa libación

—Dime mosquita ¿por qué me ayudas? Si quisiera podría acabar contigo de un manotazo.

— ¡Cuánta violencia! ¿Así me lo agradeces? Recuerda que me has alimentado. Cuando bebí tu sangre me sentí ligada a ti. ¡Ya ves! Tengo la mala costumbre de averiguar cómo vivieron mis víctimas.

—Tus víctimas ¿has dicho?



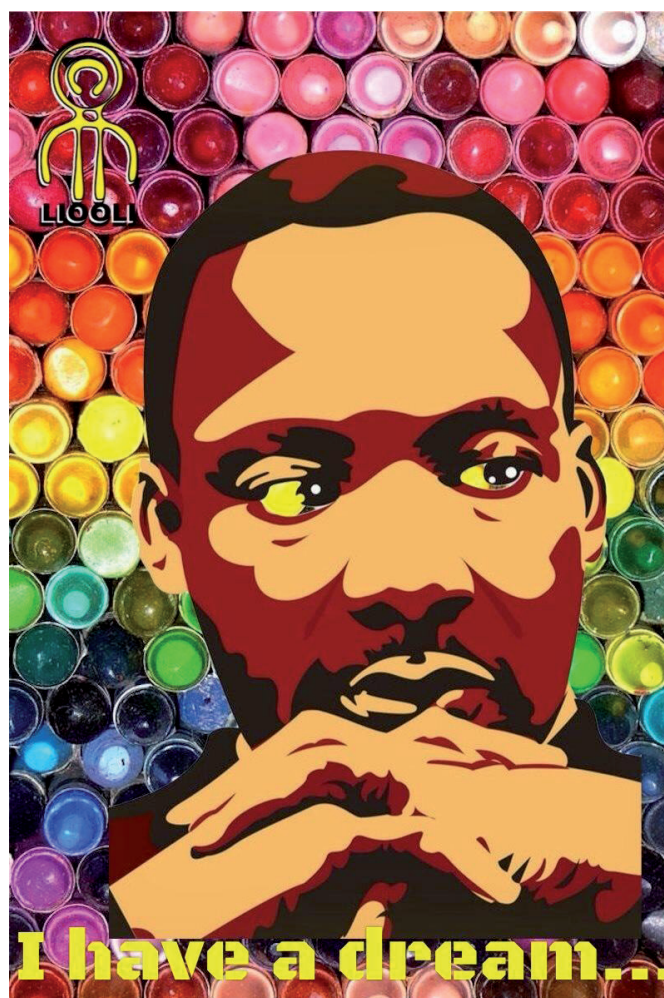


La mosquita estaba fascinada por las gotas de sudor que recorrían el rostro del humano. El hombre, que apenas lograba ver nada y creía ahogarse con su propia saliva, intentó cruzar la carretera. El insecto se puso a revolotear en círculos. De pronto se acercó un coche a gran velocidad y el mosquito quedó estampado en el parabrisas.

El conductor frenó el vehículo, vio al hombre en mitad de la carretera con aspecto febril y la vista fija en el parabrisas, sacó un pañuelo del bolsillo de su pantalón, recogió los restos del cristal y los observó atentamente. El conductor del coche miró aquel pañuelo manchado y exclamó:

—Caramba amigo, fíjese qué extraño, una “Anopheles” hembra en este clima. Menos mal que la he matado antes de que ocurra una desgracia. Su picadura es mortal, yo tuve la suerte de estudiarlas en el istmo de Panamá...pero oiga, oiga ¿le sucede algo?

Con el paso vacilante de quien padece una colosal gripe, el hombre dejó al entomólogo con su perorata y se fue lentamente. Tan solo volvió la cabeza para ver como el puente se hacía más y más pequeño...





Poemas de Amaia Villa

Templo maldito

El becerro de oro
se ha vuelto omnipotente
y se alimenta de dolor y lágrimas,
de sangre y barro,

de una alquimia maldita
que hace girar la rueda
de la vil maquinaria
que silenciosa, bombardea el mundo.

El templo está lleno de mercaderes
y no hay dios que los eche.

Poemas de Amaia Villa

Medidas de seguridad

Guarda la distancia que es peligroso
que te empiecen a crecer
la barba y la melena
y te hagas asiduo
de manifestaciones y sentadas.

Guarda la distancia que argumentar
destruye las neuronas,
que los inconformistas
no son más que gandules
sin vida ni ambición.

Y ante todo, para evitar contagios,
guarda la distancia de esos idiotas
que creen que la palabra y el amor
pueden cambiar el mundo.



Foto: Pinterest

www.nevandoenlaguinea.com